

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8263

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorelle, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 22 de Mayo de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apéjito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los tísicos, de los viejos, de los niños) Cálera, Tifus, Catarrros y úlceras de estómago

BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ

DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

SUICIDAS.

Antes que el gobierno, debe existir la sociedad gobernable; antes que ocuparse en política conviene, por lo tanto, ocuparse en las cuestiones sociales.

Los males de nuestra sociedad son ya espantosos.

Todo aquí revela una corrupción muy honda, todo es signo de un estado apenas sostenible, todo amenaza con la disolución y la ruina.

Estadistas, filósofos y escritores piensan en muchas cosas útiles, pero no piensan en una cosa necesaria, no piensan en emprender una campaña activa, enérgica, resuelta, de regeneración social.

Hay mucha teoría; falta completamente la práctica.

A cientos se pueden citar los hechos viciosos ó criminales que manchan horrendamente los anales de esta sociedad.

Pero ahí están los suicidios; esos bastan.

¿Quién observa sin temor el aumento en el número de los suicidas?

¿Y quién al observar el aumento en el número de los suicidas, no se para ya un poco á reflexionar acerca de la profunda maldad del suicidio?

Sociedad en que tantos de sus individuos se privan voluntariamente de la vida, en una sociedad en que no se puede vivir.

No incurramos en la vulgaridad de discutir sobre si el suicidio supone valor ó supone cobardía, porque el sentido común basta y sobra para afirmar rotundamente que la acción del suicida es la acción más cobarde entre todas las acciones humanas.

¿Qué valor tiene el que no quiere vivir por no sufrir una enfermedad física? ¿Qué valor tiene el que no le tiene para soportar una contrariedad del destino? Y, en fin;

¿qué valor tiene el que, por un destello ó una estafa, teme el presidio? El valor consiste en sufrir el mal, si merecido, porque es de justicia, si inmerecido, porque es de fortaleza. El valor es la virtud.

Más importante sería discutir sobre la causa de los suicidios.

Tan fuera de razón, tan contraria hasta á los instintos es la acción del suicida, que muchos pensadores opinan que es necesaria la locura para consumir un suicidio.

No lo creemos.

La misma cobardía del hecho, que antes hemos anotado, se da por algunos como causa de que la gente se suicide.

Si esta es causa, es una causa segunda.

Somos, en fin, de los que piensan que la causa primera del suicidio es la falta de toda creencia religiosa y por consecuencia, de toda virtud moral.

De la idea de Dios, de la idea religiosa nace naturalmente, entre otros muchos, el principio de la justicia.

De este principio se deriva la convicción de que, sea en una ó en otra forma, las acciones buenas han de ser premiadas y las acciones malas han de ser castigadas.

Si el suicida creyera en Dios, creería en la justicia, si creyera en la justicia, creería en el castigo de su maldad, y si creyera en el castigo de su maldad, algo más temería ese castigo que los males pasajeros que, al privarse de la vida, trata de evitar.

La explicación es demasiado sencilla; parece, acaso propia, para pobres hombres. Ni es fácil dar otra, ni probablemente se podría dar por mucho que se discutiera.

Hay que convenir en que tenía mucha razón aquel que dijo que si no hubiera religión, sería necesario inventarla. Si se quitase la idea de Dios, ninguna razón de ser tendría la idea del deber. Calculemos todos adonde llegaría la sociedad en cuanto se convenciese, si fuera posible, de que el deber no es nada, y que por consiguiente, no hay hombre alguno con derecho ni con autoridad para imponer lo que llamamos deber á nadie.

Si en la falta de religión, si en la falta de moral es á la causa del suicidio, por la religión, por la moral debe venir el remedio para el suicidio.

Remedio, por cierto, que por sí solo se extendería á los demás crímenes, á los otros males.

Espantan, en verdad, el estado de ins-trucción religiosa, el estado de moralidad en que se hallan ciertas clases de la sociedad presente; espanta también el modo de discurrir de ciertos hombres que, ó niegan á Dios ó imponen un Dios poco menos que de adorno.

Y es que aquí nos ocupamos mucho en halagar los malos instintos de los sentidos y las pasiones, y no nos ocupamos en estimular y fomentar los instintos buenos, la honradez y la rectitud de conducta. Aquí hablamos á todas horas de derechos, esos derechos que no habría necesidad de enseñar á nadie, porque todos los aprendemos solos en seguida, y pocas veces hablamos de deberes, que es lo primero que se nece-

sita para poder disfrutar los derechos. Aquí se desmoraliza desde el gobierno, desde la tribuna, desde el libro, desde el teatro, desde todas partes, y no se moraliza más que desde algún rincón olvidado y escondido. Aquí, en fin, procedemos como verdaderos suicidas, matando todo lo que nos serviría para vivir en la atmósfera del progreso y del bien, y dando vida á todo lo que solamente sirve para morir en el abismo de la disolución.

Lagas sociales como la del suicidio, requieren un examen muy detenido, un estudio profundo, una atención constante, y requieren sobre todo pronto, enérgico, eficaz remedio.

Piense quien deba en eso, y empecemos todos alguna vez, á ocuparnos en algo serio y humano.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CEBEDEO

Charada.

Asquerosa enfermedad
Es la primera con tres,
Por dos tres se armó una guerra
En el pueblo de Israel.
Todq el nombre de un pescado
Que he comido en Santander.

La solución en el número próximo.

LA LEÑA

Desde que salí á la mayor edad, no recuerdo haber tenido una hora feliz.

Eso de sueños de color de rosa, si yo los tuve en los primeros albores de mi vida, los he olvidado hasta no dejarme ni una idea de como fueron.

Recuerdo haber soñado más de una vez, que me caía de una gran altura, sufriendo un desengaño, si un desengaño al despertar, viéndome sano y salvo y útil para luchar con el destino del que jamás he tenido el gusto de recibir una caricia.

Desde mi juventud manifesté inclinaciones por las letras, y aun cuando las de cambio me eran más simpáticas, hube de contentarme con las manuscritas, y con emborronar cuartillas en la redacción de un periódico, donde recibí muchos desengaños y algún que otro puntapié extraviado, cuando por hacer efecto soltaba noticiones comentadas con exceso de alioño.

Los comentarios de los aprendices de literato, son generalmente retribuidos con la punta de la bota, ó cualquier agasajo por el estilo.

Poco dinero ganaba en mi calidad de escritor y eso que desde la humilde prosa, hasta el poético soneto yo recorría toda la escala en la república de las letras.

Recuerdo que en el periódico «La voz del hambriento» donde yo pasé mucha hambre y defendí con el fuego de los 20 años la rebaja de los consumos, escribí una décima al recordador del ramo, que debió hacer buen efecto en el público porque no sé como que pasaba por muy ilustrado, á dicho copista poniéndolo al pie.

«Felicitamos al autor del anterior trabajo y creemos que por ese camino se llega al pesebre donde bien pensado podrá en su día ejercitarse en trabajos forzados.»

Si bien lo del pesebre no lo acabé de comprender, desde luego me hice cargo de que sería una flor metafórica que me dedicaba, escrita con esa espontaneidad que brota de los grandes escritores.

Aunque el tiempo corría y yo no ganaba arriba de un par de pesetas semanales, como mis padres me daban de comer, me vestían y ayudaban en ciertos gastos de tercera necesidad, iba tirando sin darme exacta cuenta de mi situación cada agradable.

Los días siguieron su impasible marcha y uno tras otro me pusieron en la mayor edad.

Mi padre que era hombre de una rectitud intachable, y con el trabajo había logrado una posición independiente aunque modesta, me llamó á su despacho el mismo día que mi edad dejó de ser menor y con un fácil discurso me dijo:

«Hasta ayer, has dependido de mí; hoy eres mayor de edad y por consiguiente, me debes para contigo están en armonía con tus derechos de independencia.»

«En mi mesa tienes un cubierto, pero si quieres vestirme y tener un duro en el bolsillo para esos gastos que la vida trae consigo, disparte á ganártelos legal y honradamente. He dicho.»

Era un decreto tan inexorable, dado el carácter de mi padre, las cuatro palabras que acababa de pronunciar, que no admitía réplica: el plato lo tenía asegurado, lo demás era preciso buscarlo.

Confieso que aquella noche no pude pegar los ojos, la pasé discutiendo, el cómo, dónde y de qué manera habría de buscármela para cubrir mis más perentorias necesidades.

Yo no sabía hacer nada, absolutamente nada; mis relaciones para solicitar un empleo en que pudiera aspirar á un sueldo, eran nulas.

Era preciso discurrir y discurría, pero jamás encontraba más solución que la de escritor, y escribiendo, bien poco me había lucido el pelo hasta entonces.

Poniendo en tortura mi imaginación, siempre sobre el mismo tema, ocurrióseme la idea de fundar un periódico, cuyo pensamiento consulté con mi padre, proponiéndole de paso, me hiciera un empréstito para los gastos preliminares. Mi padre, que era hombre de razón, discutió conmigo el particular y después de salvadas las dificultades que á uno y á otro nos ocurrían, sancionó la idea mostrándose propicio al adelanto.

A los ocho días vió la luz pública un diario bajo mi dirección y con el nombre de «La Leña.»

Con el objeto de que la suscripción se hiciera fácilmente, y para justificar el nombre empecé á dar palos á diestro y siniestro, y tales eran ellos, y tanta la animación del público, siempre gozoso de ver repartir leña, que la suscripción se hizo pronto, y los números que sobraban se vendían á poco de terminar la tirada.

Un solo redactor me ayudaba á la publicación, con el sueldo de una peseta y media diarias.

Como el asunto era delicado y las palizas morales que en las columnas del periódico repartía aseguraban otras cosas sobre mis costillas, así me cubría de un modo que me dio magníficos resultados.

En un cuarto interior de la redacción, tenía constantemente dos nozcos de cordel, esencialmente brutos, pues les di el cargo por oposición, ambos ostentando en sus manos unos magníficos garrotes de esos que hablan al alma con una lógica incontestable, y cuyo trabajo era el siguiente:

Llegaba, por ejemplo, á la redacción un